

CAPÍTULOS GRATUITOS

Corazón de cristal

Brisa Novas Passo



CORAZÓN DE CRISTAL



Saga «CRISTAL» 1



Nova Casa Editorial

Para Agustín,
el ángel que tengo en el
cielo.

Prólogo

Estaba destrozado; hacía mucho que la desolación no lo invadía de esa forma: se sentía tan perdido y olvidado, como un cielo sin estrellas que lo acompañasen. Lo rompía en mil pedazos el simple hecho de que ella, la chica que primero odió como a un enemigo pero terminó amando, ignorara por completo su existencia cuando antes habían sido tan cercanos.

¿Lo peor? No fue elección de ninguno. Ellos no deseaban que lo suyo fuera olvidado, no querían que terminara lo poco que habían logrado construir en el medio de tanto caos. Sin embargo, no tuvieron opción, parecía que el mismo destino estuviera en contra de ambos.

Rememorarla se había convertido en un suplicio, pero sabía que, a su vez, aquello podía volverse un milagro: podía recordar por los dos y tratar de recuperar lo perdido. Se encontraba decidido: «debía» hacer algo.

—Sé exactamente qué estás pensando. Déjalo ya, hermano. Ella no puede conocer nada de nosotros ahora; entiende que eso la lastimaría y estropearía mi plan. —Le había señalado quien destrozó su sonrisa.

Pero él no iba a escuchar: no le importaba todo lo que los demás dijeran. Quería protegerla y estaba convencido de que no la lastimaría. Además, le había prometido regresar, había puesto las cartas sobre la mesa desde un primer momento y jamás fallaba a una promesa.

Extendió sus alas blancas con decisión antes de partir. Sabía que iba a lograrlo, incluso aunque eso le costara la vida.

capítulo



Después de desempacar mis maletas, poner para lavar la ropa y ayudar a mamá a acomodar un par de cosas de tocador, me recuesto sobre la cama algo confundida y apago la última luz en la habitación. Estoy exhausta y con la mente en un montón de sitios. Supuestamente debo relajarme, pero me parece imposible hacer algo como eso justo ahora.

Fueron unas extrañas últimas semanas, sobre todo después de mi accidente, que terminó con las vacaciones familiares de la forma más abrupta: pasamos de estar en la piscina a ir de un médico a otro para descubrir qué había ocurrido conmigo. Por supuesto, no pude cooperar demasiado explicando cómo había sido mi incidente: no recordaba nada, salvo que me había caído y que mi cabeza dolía como si hubiese pequeños alfileres en ella.

Sí, una sensación no muy encantadora.

Los médicos no encontraron nada físico en mí que pudiera relacionarse con un golpe, tampoco hallaron ninguna disfunción neuronal. Hablaron de estrés, aunque ¿quién puede estresarse en vacaciones? Es algo casi ilógico.

Así que aparentemente estoy normal, sin inconvenientes en mí, pero no me siento de esa forma. De alguna manera, estoy obsesionada por recuperar aquellos recuerdos que perdí, que fueron casi todos los de las vacaciones. Puedo acordarme de varios almuerzos y algunas salidas familiares, pero todo desencaja cuando intento recordar qué hice todas las tardes allí. Para decirlo de una manera más drástica: me siento vacía y no puedo

encontrar la pieza que me complete. Tengo miedo de estar vol- viéndome loca o de padecer alguno de esos casos de histeria que describe Freud.

—Los médicos no dijeron eso. —Me digo a mí misma en un intento de convencerme de que todo irá bien. Llevo las manos hacia mi rostro y trato de despejar mi mente, oyendo el silencio de la noche. Es probable que Mateo y mis padres ya estén dormi- dos, descansando después de tantas idas y vueltas.

Pero a mí me cuesta dormir, la pérdida de la memoria, unida a que ya casi es el comienzo de clases, mi último año de instituto, jugó una muy mala pasada en mí. Ambos hechos me ponen de los nervios, pero solo me queda afrontarlos.

Antes de cerrar mis ojos por enésima vez, tomo mi móvil y les envió un texto a mis amigas para contarles que ya estoy en mi casa. Celina, mi mejor amiga, es la primera en contestar: el móvil para ella es como su tercera mano, pierna, ojo y oído.

«Genial, en el colegio me cuentas TODO, ¿OK?»

Sonríó ante su familiar energía y, sin esperar que lleguen los otros mensajes, apago el móvil. Realmente necesito descansar y dejar de ser tan perseguida; es fácil decirlo.

Realizarlo es el problema.

En tres días voy a empezar el colegio otra vez. ¿Lo bueno del instituto? Veré a mis amigas. ¿Lo malo? Volver significa entrar a la monotonía de tarea, tarea y más tarea, y ni hablar de lo demás.

Sacudo la cabeza para mí misma; pensando así, no podré lle- gar con una sonrisa a mi primer día. Tengo que preparar mis cuadernos y carpetas nuevas, ¡mucho por hacer!

¿Quién sabe? Quizás este año pueda sorprenderme. Después de todo, la esperanza es lo último que se pierde, ¿verdad?

Me doy la vuelta en el colchón, bostezo y dejo que el sueño me lleve hacia un mundo de fantasía.



—¿Estás segura de que no te duele nada? —pregunta mamá, con los ojos clavados en mí como si fuera a desaparecer sillegase a pestañear.

—Muy segura —le respondo sin vacilar.

El médico también estudia mis reacciones, pero callado y frunciendo el ceño. No parece algo muy positivo. ¿Qué clase de esperanza se puede tener si te miran de esa forma? Casi creo que oiré algo así como «lo siento, te saldrá un tercer brazo y tendrás serpientes en el cabello en dos minutos».

—También puedo recordar lo que creía haber olvidado. — Decido mentir. Convivir con los rostros preocupados de mi familia, su obsesión por mi seguridad y las mil visitas a distintos médicos ya es arduo por distintos motivos. No quiero que se alarmen por mí, sobre todo por un caso que parece no tener solución. Sinceramente, tampoco me gusta que el hospital se convierta en una segunda casa. Lo cierto es que estos días pude recordar que estuve varias tardes leyendo muy cerca del lago que enfrentaba al hotel o incluso algunas mañanas en las que se me ocurrió salir a caminar, así que mi mentira es parcial. No recuerdo todo, pero sí algo—. No recuerdo qué me hizo olvidar, pero sí lo demás.

El doctor parece no creerme, ya que vuelve a revisarme con esa maldita luz molesta y hace chasquear su lengua al terminar. Acto seguido se saca los anteojos para limpiarlos con una gasa que lleva en su bata blanquecina. Cuando se los pone, vuelve a colocar las radiografías —las que me hice hace un rato y también las de Córdoba— para compararlas y hace un gesto de negación. Luego se gira sobre sí y camina hacia mí; toca mi cabeza al llegar.

—¿Te duele? —pregunta con su voz gruesa y cansada.

—No.

Al escucharme decir eso, decide desistir de seguir buscando algo invisible en mi cabeza. Nervioso, se rasca el cabello.

—¿Cómo te sientes?

—Me siento bien. Veo a la perfección, mis reflejos son buenos y realmente ya no me olvidé de nada más. ¿Las placas están bien?

—Están normales. Ambas. Ese es el problema, Emma —me dice el médico—. En realidad, más que decir problema, es extraño.

Asiento. El médico parece estar esperando alguna mueca de mi parte, pero al ver que no siento nada, vuelve a fruncir el ceño.

—Bien, parece estar en buen estado, así que te dejaré ir. Si notas algo, avísale rápido a un mayor. —Dicho eso, se vuelve hacia mi madre—. Señora, si ve algo extraño, venga de inmediato con ella, ¿sí?

—Por supuesto, doctor. Puede contar con ello —asegura mamá—. Entonces asumo que está bien que ella comience las clases con normalidad, ¿verdad?

—Puede hacer vida normal, pero no la pierdan de vista.

—Gracias —digo al mismo tiempo que mi madre—, que tenga un buen día —agrego.

—Igualmente —sonríe apesadumbrado mientras mira el ordenador para fijarse cuál es el siguiente turno de los tantos que lo esperan fuera.

Al salir del consultorio nos reciben un montón de rostros desconocidos y apagados. Busco entre las personas a mi papá y a Mateo, y no resulta difícil encontrarlos: papá se pone de pie de su asiento y camina hacia nosotras con aspecto agotado y Mati aparece detrás de él, usando el móvil para jugar. Deja de mirarlo

y sus ojos brillantes me observan, con una gran sonrisa que me hace querer revolverle su cabello rubio.

—¡Emma! ¡Ya saliste! —exclama él y corre a abrazarme.

—¿Y bien? —En la voz de papá se vislumbra su preocupación.

Mati rompe el abrazo y da dos pasos atrás para observarme con curiosidad.

—¡No hay nada de qué preocuparse! —comento fuerte y, tal vez, demasiado enérgica. Es obvio que quiero irme a casa lo más pronto y si sigo así, creerán que finjo que estoy bien.

—No, no es así. Siguen sin encontrarle nada, pero como su estado físico está normal, el médico dejó que se fuera — replica mamá, mirándome con el entrecejo fruncido—. Sin embargo, debemos vigilarla. Emma dijo que recuerda...

—Ya, ma, entiendo. —Pongo mis ojos en blanco—. Parece como si fuera a escaparme de una cárcel o algo así. ¡Estoy bien! Avisaré si me siento mal.

—Emma, no es una gracia lo que te pasó. —«Nunca dije que lo fuera». Papá cruza los brazos sobre su pecho. Alguien pasa al lado de nosotros y una nena casi le tose en la cara a mi herma- no—. Mejor vayámonos, estamos estorbando el paso.

Al salir del hospital siento cómo todo el ambiente pesado y caluroso del verano pega en mi cuerpo. De pronto comienzo a extrañar el ambiente del hospital, por el aire acondicionado, claramente. Pongo una sonrisa en mi rostro, pensando que ya no tendré que volver por un buen tiempo allí; de esa forma, me dirijo junto con mi familia hacia nuestro coche, pero justo en ese mismo instante mi respiración parece cortarse ante la sensación extraña que se apodera de mí. De repente comienzo a sentirme como si estuviese en el blanco de un francotirador y con una luz roja en mi frente, como si alguien me observara con intensidad, casi como si el mismísimo Superman usara su visión láser contra mí.

Intento no hacer caso a lo que siento, pero no puedo negar la punzada que parece atravesar mi frente. Pego un respingo cuando noto que hay un chico de ojos verdes que clava su mirada en mí desde varios metros de distancia. Se encuentra sentado en una de las mesas del exterior de un bar que está justo enfrente de nuestro auto; su ropa es casual, pero toda oscura, y la barba insípida en su rostro le termina de dar aquella fachada de chico malo. Se ve relajado, pero su mirada es de asesino, lo cual no me da ningún buen rollo.

Cuando nota que nuestras miradas coinciden, levanta una taza hacia mí, como un saludo, y bebe de ella. Enseguida aparto la vista lejos de él y me introduzco lo más pronto posible en el coche.

El rostro de aquel chico me es familiar, pero no puedo saber de dónde. Eso sí, mi desconcierto no impide que me descubra a mí misma temblando como si estuviera frente a un peligro. Miro a mis padres con prisa con miedo de que se den cuenta de mi temblor y que me manden otra vez al hospital, pero agradezco que no lo hayan visto.

Cuando me doy vuelta otra vez, el tipo sigue con la mirada sobre mí.

capítulo



Suelto un suspiro cuando comprendo que otra vez estoy aquí, metida en el autobús y apretujada como sardina en lata. Toda- vía me encuentro algo somnolienta mientras trato de arreglar el desastre que es mi cabello. Haberlo peinado una y otra vez a la mañana fue en vano: las ondulaciones doradas parecen tener vida propia... y, oportunamente, estilo propio también.

Si bien no hay mucho para hacer con él, soy persistente. No porque me importe su apariencia, sino porque en verdad quiero distraerme, buscar otra cosa en qué pensar. En general, no suelo sentirme demasiado cómoda en las multitudes, menos cuando las personas a mi alrededor no dejan de empujarme de un lado a otro ni de observarme como si fuese alguna especie de bicho. Es probable que eso último sea producto de imaginaciones mías, quizás la gente se siente igual de incómoda y molesta que yo, y por eso crispero el rostro cuando cruzamos miradas, como una forma de comunicar «oye, esto apesta».

Aunque, a decir verdad, seguro luzco peor que un zombi con dos litros de cafeína encima. La noche anterior no pude dormir muy bien: los nervios me consumían por dentro y, además, era como si una extraña emoción hubiera embriagado mi cuerpo.

¡Como si comenzar el último año del colegio fuera una experiencia sumamente excitante para sentirse así!

Aprieto mi mandíbula al pensar en el instituto. O, mejor dicho, en algunas de las personas que se encuentran en él.

El colegio no solo me enseña el contenido de las asignaturas, sino que me empuja a aprender que el mundo no es tan amistoso como alguna vez pensé que lo era. Ahí aprendí que en la vida existen personas que quieren lo mejor para mí, pero también comprendí que puedo toparme con las que harán lo posible para destruirme tanto como ellos lo están por dentro.

Es duro tropezarme con la maldad de la gente cuando no estoy preparada para sentirla chocar contra mi piel. Incluso es mucho peor no saber qué ocasiona esas reacciones. Cielos, ¡ni siquiera ellos están al corriente sobre cómo responder esa pregunta! Parece que simplemente odian, hieren porque sí. Así que cada año no me queda otra opción que unir todas las fuerzas que puedo tener y seguir adelante a pesar de las circunstancias.

Pero no todo es malo en el instituto: tengo a mi grupo de amigas que siempre me sacan sonrisas, incluso en los días más grises. Soy una chica aplicada, nunca suspendí ninguna asignatura. Las cosas este año no tienen por qué salir mal, tal vez incluso mejoran. ¿Por qué no? Tengo pensado disfrutar de él tanto como pueda hacerlo.

Sonríó para mí misma cuando, paradas después, puedo sentarme en un lugar que se ha desocupado. Coloco mi mochila encima de mis piernas, la abrazo y apoyo la cabeza sobre ella para descansar. El viaje al colegio no es tan largo, pero todavía me quedan alrededor de veinte minutos de camino.

Sin meditarlo demasiado, dejo que mis ojos se cierren por lo que me parece una eternidad.

Intento ver a través de la brumosa neblina, pero no puedo percibir nada.

Floto en el mismísimo abismo de lo desconocido, sin nada tangible a mi alrededor, solo niebla que ni siquiera parece real: de alguna forma, esta tiene luz propia.

Esa extraña luminosidad no me parece encantadora, sino agobiante. Siento que el peso del mundo recae sobre mis hombros, como si tuviera que hacer fuerza incluso para poder respirar o mover-me. Necesito salir de allí, pero ¿cómo? No hay puertas, ni ventanas. Cielos, no hay espacio.

Estoy encerrada.

Y aterrada, eso también.

De pronto, un ruido ensordecedor parece llenar la nada. Es como una voz que suena lejana, como si hubiera sido reproducida hasta llegar a mí gracias al eco. Tapo mis oídos para intentar acallarla, pero inevitablemente cala profunda en mí.

A pesar de la distorsión, puedo entender a la perfección qué está diciendo:

«Cuidado».

Me despierto sobresaltada, sintiendo que una mano se posiciona sobre mi hombro. Incluso antes de abrir los ojos, mi cuerpo adopta una actitud defensiva, se endereza y se aleja de quien sea que me toque, aunque solo logro chocarme de forma torpe con alguien más.

Abro mis ojos con prisa para encontrarme con un chico de mirada verde y labios curvos que parecen divertirse a costa de la situación que me ha hecho vivir. Lo reconozco de inmediato; es Steven, un tío bastante popular en mi colegio.

—No quería asustarte, pero ya casi bajamos, Emma —me avisa, articulando una de esas sonrisas que rompen varios corazoncitos por día—. Te ibas a pasar de parada.

Steven no me cae mal; de hecho, me demostró que es amable y simpático las pocas veces que, años anteriores, intercambiábamos un par de palabras en los pasillos o cuando nos cruzábamos en el viaje en bus. No es burlón ni arrogante, sino todo

lo contrario, suele ser agradable con las personas y eso no es algo que el colegio desconociera. Es un chico tan amado como codicia- do por la población femenina del instituto, incluso por parte de la masculina también.

En cambio, yo parezco una especie de repelente humano.

—Gracias, Steven —respondo con voz rasposa, lo que produce que me aclare la garganta para volver a hablar—. No sé cuándo me quedé dormida.

Él asiente y deja de sostenerse del bus para pasar la mano por su cabello castaño. Intento no mirarlo y, en lugar de eso, noto que varias personas lo observan. No las culpo; es un chico que sin duda puede participar en una de esas películas de adolescen- tes como actor principal. Es innegablemente guapo.

Dirijo mi vista hacia la ventana del bus y puedo advertir que Steven tiene razón: la próxima parada ya es la nuestra, así que me pongo de pie tan rápido como mi asiento es ocupado al quedar libre. Camino haciendo equilibrio con mi mochila en brazos y pasando entre las personas que el vehículo público lleva en él, hasta llegar a la salida. Es absurdo, pero mi corazón palpita con fuerza cuando las puertas del bus se abren de par en par ante mí.

Ya casi estoy ahí, mi último año de colegio a la vuelta de la esquina. Salto del bus y empiezo a anudar los metros que debo recorrer para llegar al instituto.



El cartel que reza «Colegio Manuel Belgrano» parece haber sido retocado con pintura nueva, al igual que las pequeñas rejas en las ventanas que antes eran de color rojo y ahora están verdes. La primera mitad de la pared se encuentra adornada con ladrillos bordó, y el resto lleva un suave color beige. Debo admitir que empezar el último año del instituto sí es raro; no dejo de decirme

que esta será la última vez que lo pisaré como estudiante. Es la despedida de una etapa que duró muchos años, luego vendrá la universidad, el empleo, la vida adulta...

Sacudo mi cabeza.

«Debes ir poco a poco», me digo y observo a mi alrededor, mientras me apoyo sobre la pared del instituto. «Ya estoy acá, un año más. Tengo que sobrevivir a esto. Puedo hacerlo».

Poco a poco los estudiantes llegan. Nadie se voltea, nadie saluda, ni siquiera las personas con las que alguna vez compartí alguna conversación.

No obstante, a decir verdad, es posible que sea mejor de ese modo. Prefiero mantener cierta distancia de la gente para evitar lo que me sucedió en el primer año de instituto. Antes iba a otro colegio, uno de Arte, donde todo terminó muy mal. Ir a clases se había convertido en una completa pesadilla, una hecharrealidad. Cada día volvía llorando a casa, sin ganas de nada. Me llamaban de muchas formas, me empujaban y pegaban cosas en mi cabello si se daba la oportunidad de hacerlo.

Esa etapa de mi vida me había vuelto bastante desconfiada de las personas. Ciertamente, una vez que pasas por una situación así, es inevitable que un armazón comience a formarse alrededor de ti.

A pesar de todo, no puedo evitar ser optimista. Necesito serlo y creer que todo tomará su curso algún día, así como cuando me cambié de colegio y todo pareció ir mejor, sobre todo cuando mis amigas también pidieron el pase y volvimos a ser compañeras, como lo habíamos sido en la Primaria¹.

El día apunta a ser soleado y el calor del verano todavía se siente en el aire. Falta poco para que lleguemos al otoño, pero todavía no sentimos aquella transición. Sé que mis jeans azules me darán calor, pero son lo que tengo para llevar, ya que al colegio

¹ **Primaria:** Nivel escolar desde los 6 hasta los 11 años.

no puedo entrar con shorts. En cambio, la camiseta gris que me puse parece haber sido una buena elección para usar hoy.

Tomo mi mochila para sacar los auriculares y escuchar un poco de música antes de que abran las puertas del colegio, pero una voz melodiosa me interrumpe.

—¡Emma! —grita mi amiga de la infancia al abalanzarse hacia mí y abrazarme con fuerza. Es gracioso cómo su diminuto cuerpo me hace tambalear—. ¡Ay, te extrañé! ¡Es la última vez que te vas por tanto tiempo en vacaciones, nena!

—También te extrañé, Celi —contesto, devolviéndole el abrazo.

Mi familia y yo hemos pasado casi tres meses fuera de casa este verano, lo que provocó que faltara a todas las salidas que habíamos organizado con mis amigas antes de comenzar las vacaciones. Por eso hoy es nuestro reencuentro.

—¡Es que hay muchísimo para contar, Emms! —comenta ella, codeándome con complicidad—. Cielos, ¡estás guapísima! Me imagino que aprovechaste que había piscina allí.

Celina es mi amiga desde los 6 años; es una chica muy dulce, con la cual comparto muchísimas cosas, como el amor por la lectura. Tiene rasgos muy delicados y es baja de estatura. Su cabello oscuro cae lacio, incluso le pasa la cintura, y su mirada café se encuentra despierta y brillante.

¡Ojalá hubiera podido decir lo mismo de la mía!

—Totalmente, nadé y leí un montón. Allá es muy tranquilo; a ti te encantaría, Cel —le cuento. En realidad, no quiero pensar demasiado en ese viaje.

—¡Ay! ¡La próxima vez que vayas me invitas! —exclama ella, con entusiasmo auténtico.

Entonces, a su lado, aparecen Belén y Gala, que son como el aceite y el agua, pero se llevan genial. Mientras que Belén hace

un gesto con la mano y sonrío con timidez, Gala casi me salta encima chillando de la emoción, a la par que sus rulos rebotan con cada movimiento que hace.

—¡Hola, perdida! Pensé que no volvería a verte —bromea Gala, dando un paso atrás. Sus ojos celestes están delineados y resaltan por el contraste de su piel morena.

—Ya te íbamos a ir a buscar a Córdoba —agrega Belén, con la voz apenas audible. Ella también tiene rulos, pero a diferencia de Gala, suele llevar el cabello atado. Sus ojos son de color avellana y parecen observar el mundo con precaución.

—Y a encontrar algún chico, obvio —suma otra vez Gala, lo que provoca que las cuatro estallemos en risas y nos demos un abrazo grupal.

Gala, Belén, Celina y yo tenemos nuestras diferencias, pero eso no significa que no podamos tener una buena amistad. Para mí, ellas logran hacer que la estadía en el colegio sea mejor, menos monótona. Al parecer, mi repelente personal no funciona con ellas, y eso me gusta muchísimo.

—¡Qué bueno es verlas de nuevo! —les digo—. ¿Cómo están?

—¡Perfectamente! —contesta Celina.

—Quiero ver si tenemos un compañero lindo este año —ex- pone Belén, sonrojada.

—¡Ah, no! Que sean cuatro compañeros, uno para cada una, chicas —la corrige Gala con picardía—. ¿Y tú, Emma?

—Yo... tengo sueño —cuento, como si fuera algo que ellas no supieran—. Me quedé escribiendo hasta las dos de la mañana; ¡no podía dormir! Los nervios y eso, ya saben.

Celina suelta una risotada.

—¡Muy raro en ti! También estaba nerviosa; no quería que las vacaciones terminaran. ¡No quería empezar nuestro último año!

—se apresura a decir—. Con las chicas estábamos pensando en salir a festejar el inicio de clases. ¿Te apuntas?

¿Desde cuándo «festejar» e «inicio de clases» están relacionados?

—Eh, no nos mires así —sigue ella—. ¡Es nuestro último año juntas!

—Dije de festejar nuestra reunión, no el principio de clases.

Puaj —Gala replica con su estruendosa voz.

—¡Vamos, por favor! —dice Cel, dando pequeños brincos.

—Nunca dije que no, Celi. ¡Claro que me apunto! —acepto con una sonrisa—, aunque no «festejaría» que comienzan las clases.

—¡Oh, vamos, Emma! ¡Dentro de unos años querrás haberlos festejado todos! — me regaña ella—. ¿No es así, Belu?

Belén simplemente asiente con la cabeza; no es una chica de demasiadas palabras, aunque eso no quiere decir que no tenga sus momentos.

—Claro, hay que salir —señala.

—¡Entonces ya está dicho! —determina Celina.

—¡Yo elijo el lugar al que iremos! —impone Gala con anticipación al sonar la campana que indica que debemos ingresar al colegio.

Mientras que las chicas se regocijan por la emoción que les da la próxima salida, me repito a mí misma la frase «Bienvenidos a los Juegos del Hambre» y entro al campo de batalla.

capítulo



Formamos en el patio para elevar la bandera y luego vamos a nuestra aula, que se encuentra al lado de la escalera que nos lleva al segundo piso. El salón es espacioso y lo suficientemente luminoso, aunque hace mucho calor dentro, ya que los ventiladores funcionan a uno por hora. El cristal de la puerta permite ver en el pasillo un movimiento constante y, claro, no estamos aislados de los ruidos del exterior.

Leo el horario que escribieron en la pizarra verde y hago una mueca. Lunes: primera y segunda horas, Matemáticas. Estupendo, en serio, ¿qué otras formas crueles tienen de tortura, además de los polinomios matutinos? Tercera y cuarta, Inglés, «¡una buena!». Quinta hora de Geografía, con la profesora que aterriza a medio colegio.

Eso es lo que me espera.

Celina y yo nos sentamos en el primer banco; Belén, detrás, junto a Gala. Algunas compañeras nos saludan, pero otras se limitan a mirarnos; uno de los tres chicos que hay en el curso grita algo cuando me ve, pero no llego a escuchar con claridad qué, así que me limito a ignorarlo. Entra la preceptora —la señora que está encargada de nuestro curso, ya sea de tomar lista como de llamar a algún adulto en caso de emergencias—, junto a la profesora, y nos ponemos todos de pie para recibirla.

Cuando volvemos a nuestros asientos, Celina me toma del brazo y pregunta cómo han ido mis vacaciones.

Formo una sonrisa antes de responder.

—Pues ya sabes, lo normal: viajar por el espacio, al pasado y al futuro. Ver magos en acción, descubrir alienígenas que vuelan rodeados de fuego y conocer a chicos muy guapos.

—¿Estuviste leyendo, verdad?

—Así es. —Ambas reímos.

—Yo igual. Fui a Santiago del Estero, con mi familia. La pasé bien. Normal. ¿Y tú en Córdoba?

—Hermoso, como siempre —le digo; suelo ir todos los años allí y es demasiado tranquilo, jamás pasa nada; bueno, esta vez fue la excepción—. No tengo demasiado qué contar; fue un verano apacible —comento, formando una sonrisa—. Escribí y leí mucho. Salí con mis padres y mi hermanito al cine varias veces, comimos mucho helado. Por cierto, la comida del hotel de Córdoba estaba riquísima ¡y la piscina ni te cuento!

—¡Suertuda! ¡Yo me morí de calor en el pueblo! Aunque había chicos lindos...

—¡Ajá! —Curvo las comisuras de mi boca—. ¡Cuéntame sobre ello!

—Casas, Celina. —La voz de la preceptora hace que ambas saltemos. Ha comenzado a tomar lista; será mejor que preste atención si no quiero tener un «ausente» erróneo el primer día.

—Acá... Acá estoy, ¡presente! —Celina parece aún algo desconcertada y avergonzada por haber sido descubierta hablando, pero se le pasa al segundo y vuelve hacia mí con una sonrisa, mientras que la preceptora nos mira de reojo y baja la vista hacia su planilla para completarla mientras murmura algo como «adolescentes». — Bien. Se llama Nicolás y es muy lindo. Pero ya sabes, ninguno de los dos cree en el amor a la distancia.

—¿Algún día los destinos los cruzarán? —pregunto en broma, sonriéndole cómplice. Pero luego, al notar que está seria,

borro el gesto bromista de mi cara y le pregunto: —¿Estás ena- morada de él?

—*Nah* —contesta como sin darle importancia—. Sería soñar mucho con algo imposible, eso te lo dejo a ti y a tus personajes de libros. —Me empuja y me río. Sí, es cierto—. Diego está en mi mente en este instante.

Hago una mueca. Diego no me cae bien.

—¡Ese chico no es para ti, Cel! Ya has llorado por él y...

—¡Ey! No es su culpa. Él es tan... No sé, ¡me encanta! Cuéntame tú, ¿algún chico? ¿Ligue de verano? —comienza a darme golpecitos en el brazo.

—*Nop*. Lo que sí pasó fue que perdí la memoria —le cuento cómo fue y qué me dijeron. Celina se queda como en shock.

—¡¿Quééééééé?! —exclama.

—Ya estoy bien, no pasó nada grave.

—¡Háblame cuando pasa algo así! ¿Qué importa que no sea nada grave?

—¿Qué pasa, chicas? —inquire con tono suave Belén, guardando bajo el banco su carpeta.

—Sí, eso. ¿De qué hablan mientras nos ignoran? —pregunta Gala.

—Cusnier, Emma —se escucha otra vez la voz de la señora.

—Presente —contesto fingiendo mucha atención. Una vez que la vista de aquella mujer baja a la hoja, me vuelvo hacia mis amigas para contestarle a Bel, pero Celina me gana de mano.

—Estuvo internada —contesta.

—¿Internada? —pregunta Gala, confundida. Luego, con una expresión atemorizante, se vuelve directo hacia mí—. ¡¿No nos avisaste?! ¡¿Qué rayos pasa por tu cabeza para no avisarnos, Emma?! ¿Qué te pasó?

Belén simplemente observa con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Sí... bueno... No internada-internada, pero sí fui a muchos médicos. No quise preocuparlas. —Eso es cierto. Lo que menos pensaba era en enviar mensajes de texto—. Solo estuve en revisión y lo de la memoria fue solo un susto. —O eso quiero pensar.

—¿Qué carajos?! ¿Internada? ¿Memoria? —Belén está blanca—. ¡Menos mal que escuché, si no, nadie me decía nada!

—No fue tanto, chicas —digo, alzando mis hombros—. Me quedé en revisión, pero estaba en perfecto estado y ahora ya recuerdo todo.

—¿De veras? —preguntan las tres.

—Totalmente —les sonrío queriendo dejar el tema de lado—. No se preocupen; está todo bien. ¿Sus vacaciones cómo fueron?

—Uh —dice Belén dudando antes de hablar—. Estuve en el campamento. Estaba mi prima con Pablo. Ellos... empezaron a salir, así como... juntos. En una relación.

—Inasso, Belén.

—Yo... Aquí, eh, ¿presente? —Su voz es baja, casi imperceptible.

—¿El que te gustaba?! —gritamos. Esto hace que la profesora nos vea con el ceño fruncido y un par de compañeros se sientan de golpe interesados en nuestra conversación.

Belén se muerde el labio; su piel sube varios tonos: —Sí. Gustaba. Da igual, chicas, vendrán tiempos mejores. ¿Cómo te ha ido, Gala?

—¡Oh, me quedé en mi casa mirando series!

—¿Chicos de verano? —le pregunta Celina alzando una ceja.

—Si tuviese un chico en la mente, ya se hubieran enterado todos los del curso. Nada de chicos, por ahora... —contesta

justo antes de que la preceptora pronuncie su nombre, «Romero, Gala», y ella diga «presente».

Justo en ese momento suena la puerta del salón, lo que provoca que todos queden en silencio. De repente el aire parece tensarse, como si eso fuera posible. Parpadeo varias veces sin poder creer lo que ven mis ojos... Al parecer, no soy la única chica afectada por esa presencia. Escucho varios murmullos y comentarios coquetos de mis compañeras — incluso a Gala y Belén, que son las que más se oyen— al notar al apuesto nuevo integrante.

¿Uncompañero nuevo? Definitivamente, uncompañero nuevo.

Un chico se asoma por la puerta con decisión. Los murmullos de mis compañeras no cesan, sino que se incrementan a medida que este camina en dirección a la preceptora, adentrándose en el aula. Es alto, sus piernas largas se encuentran cubiertas por un jean negro que parece haber sido diseñado para él. Sus brazos, los cuales están cubiertos por una camiseta azul oscura, parecen ser fuertes. Lleva una sonrisa arrogante que luce muy bien con su aspecto de «vengo de un set de modelaje». Podría jurar que sus ojos son de un azul zafiro intenso, impresionantes.

—¿Owen Liv?

—Yo mismo —dice y su mirada vaga por el curso. Pierdo el aire cuando creo que se detiene unos segundos en mí.

Owen (un nombre que parece quedarle a la perfección) se balancea sobre sus piernas. Si no fuese por la seguridad que muestra, hasta diría que está nervioso, aunque supongo que tener todas las miradas de veintiún desconocidos no es tan fácil de llevar.

Qué va, debe estar acostumbrado; es difícil dejar de observarlo.

—Bien, ya estás en la lista. No te olvides de comprar el cuaderno de comunicados en la fotocopidora ni de firmar el acuerdo de convivencia, ¿sí? Eso es todo —dice la preceptora, intentando

parecer seria; luego, nos mira a nosotros—: Chicos, este es Owen Liv. Será su nuevo compañero de clase. Por favor, no lo atosiguen.

—Sonríe con eso último, ya que sabe que el chico será acosado por medio colegio y, sin decir otra palabra, sale del aula.

—Bueno —dice la profesora—. Te pido que busques un asiento libre para comenzar la clase. Bienvenidos a su primer día, chicos. Quería comentarles que...

Ahí dejo de escuchar. En general, suelo prestar mucha atención en clase, pero la presencia de Owen me inquieta, más al notar que al lado de nuestro banco, además de los del fondo, hay un asiento vacío. El nuevo se sienta en este; queda a un metro de distancia de mí. Suspira y abre su carpeta para sacar una hoja y comenzar a garabatear en ella.

Mi mirada lo recorre sin piedad. Parece tan ensimismado en lo que sea que está haciendo allí que no se da cuenta de que lo observo sin tapujos.

O eso me hace creer.

—¿Vas a seguir mirándome así el resto del año? —pregunta con una sonrisa divertida.

Mi rostro se prende fuego en el momento en que esas palabras salen de su boca. Sus ojos de color zafiro me observan con curiosidad y sus labios se curvan en una de esas medias sonrisas que perfectamente podrían encajar en Hollywood. Tengo que parpadear un par de veces para volver a la realidad.

Hasta su voz aterciopelada acompaña toda su presencia.

—No te miraba —le digo y aparto mi vista de él. Escucho una risa ronca mientras me muerdo el labio de los nervios y la vergüenza. A partir de ese momento, durante lo que restan de las horas, no vuelvo a mirarlo.

Salimos al patio en horario de recreo. Los niños de primer año corren como si aún estuvieran en la Primaria y las preceptoras van detrás de ellos para intentar detenerlos. Siempre hay mucho ruido en los descansos, pero hoy es mucho peor.

—Me está mirando, Emma. ¡Me mira Diego! —El tono de emoción y los saltitos que da Celina cuando habla de él me resultan algo irritante. No soporto a Diego, no es buena persona y odio que quiera jugar con ella... ella deja que juegue—. Ay, ¡me sonrió!

—Sabes cómo es él... No es...

—¡Es hermoso!

—No sé qué le ves, Cel; tiene cara de ardilla —comenta entre risas, Belén la hace enojar siempre cuando dice eso, al menos ella piensa lo mismo que yo de ese chico.

—No es taaaaaan feo —comenta Gala mientras muerde un sándwich—. Pero el chico que vi hoy entrando al aula era mucho mejor.

—¿Dónde está el nuevo? —Belén pone su mano derecha sobre la frente para examinar a las personas.

—No lo sé... No lo he visto aquí. —Frunce el ceño—. ¡Vamos a buscar...! —Toca el timbre del recreo que anuncia su finalización—. ¡Mejor lo dejamos para otra vez! Ya lo veremos; de cualquier forma, es nuestro compañero. Lamento anunciarles que escuché a las preceptoras hablar sobre un acto.

—¿Acto? ¿Ahora? —inquire Celina.

—Acto. Ahora —responde Gala poniendo sus ojos en blanco. Los actos del cole, después de tantos años de verlos, son aburridos. Siempre repiten lo mismo cada ciclo lectivo. Muchas

veces hago de cuenta de que presto atención mientras pienso en otras cosas. Una vez, recuerdo, quise llevar mis auriculares, pero temía que me los quitaran e hicieran una escena delante de todos. Como no me gustan los problemas, no lossaqué.

El discurso comienza como cada año: dan la bienvenida, pasan los símbolos patrios, hablan de cómo será el manejo de los alumnos en el colegio, las reglas de convivencia y más del tipo. Algo que se repite siempre. La voz de la muchacha sale algo distorsionada por los parlantes, incluso hay momentos en los cuales las palabras no se entienden y, cada tanto, el micrófono hace sonido de acople. De alguna forma, me desconecto del discurso y comienzo a buscar entre los alumnos caras nuevas.

En las últimas filas de sillas, localizo a Steven que, cuando cruzamos miradas, me saluda con la mano de manera amistosa. Inevitablemente, le sonrío porque, vamos, es imposible que esa sonrisa no contagie.

—¿Qué onda con Steven? —suelta por lo bajo Celina, tirándose del codo hacia ella para que solo nosotras dos compartamos la conversación—. Siempre veo que cruzan miraditas y...

Me encojo de hombros.

—Es amable conmigo, supongo —respondo, desestimando la situación. Celina no me cree y comienza a hacerme cosquillas, lo que provoca que una profesora se aproxime a nosotras para acallarnos—. No pasa nada, Celi. De verdad —le aseguro, al recuperarme de las risas.

—Eso ya está por verse, Emma —señala mi amiga, soltando una pequeña risa antes de volver a ser regañada por una profesora. Niego con la cabeza y vuelvo a buscar rostros conocidos entre las personas; me encuentro con varios compañeros y profesores; caigo en la cuenta de que no hay rastro del chico de ojos de zafiro.

capítulo



Cuarto día.

Reviso el horario de mala gana para saber qué materias tendré hoy: Literatura, Sociología e Inglés. Suelto un suspiro de alivio cuando descubro que son asignaturas que me gustan, no como Química o Matemática. Sonrío para mí misma y tiro de las correas de mi mochila para ajustarla a mi espalda mientras camino junto a Gala y Belén al aula. Ellas platican acerca de esos programas adolescentes de chismes y concursos que siempre ven; prácticamente chillan de la emoción, porque su equipo favorito ha ganado. A decir verdad, gritan casi todo el tiempo, rompiendo el silencio en todo momento y provocan que me voltee hacia ellas para recordarles que tienen que bajar un poco el volumen de la voz.

Al ingresar al aula descubro a Owen, mi compañero nuevo, sentado al lado de mi banco. Gala y Belén le echan unas miradas con risas nerviosas y se van hacia su pupitre conjunto. El chico las saluda, asintiendo con la cabeza y sus ojos vuelan rápido hacia los míos. Son de un azul que jamás he visto, incluso que habría creído imposibles si alguien hubiera intentado describirlos. Son demasiado intensos, tanto que me ocasiona preguntar si por casualidad usa lentillas.

Él no ha hablado demasiado estos días de clase, ni tampoco les prestó atención a las chicas que se le acercaron a coquetearle o, mínimamente, a saber más sobre él. Al parecer es uno de esos

chicos solitarios y de pocas palabras que, de no ser guapo, seguro que habría recibido las peores burlas en el cole.

Owen menea un poco la cabeza y se señala a sí mismo cuando me quedo viéndolo otra vez. Mis mejillas se tornan rojas al instante al recordar la pregunta que me hizo el primer día de clases. En ese mismo instante, me regala una sonrisa burlona, sube las comisuras de su boca y forma una sonrisa arrogante que, de pronto, me dan ganas de borrar. ¡Hasta tiene hoyuelos! Y vaya que le quedan bien...

Cielos, ¿qué acabo de decir?

Me quedo apoyada en el marco de la puerta, soportando la mirada de Owen sobre mí. Por un momento me imagino que cambio de asiento para estar lejos de él, pero luego meneo la cabeza: todos los años me he sentado en ese lugar y no lo cambiaré por un chico, por más extrañeza y magnetismo que este tenga.

—¡Vamos, muévete! ¿Estás tonta o qué? ¡Deja pasar! —gruñe Carla, una de las compañeras más insoportables que alguna vez tuve. Es de baja estatura y lleva su cabello castaño con ese estilo californiano que estuvo muy de moda en el verano y que resalta muy bien con su piel bronceada. Ella misma parece salida de un set de fotografía por todo el maquillaje que lleva en su rostro.

Si Carla no fuera tan mala, me habría gustado preguntarle sobre algún consejo para mejorar lo poco que sé sobre maquillaje, pero ella puede ser bien bruja con los demás y, cuando digo los demás, hablo mayormente de mí. En general, suelo ser su blanco la mayor parte del tiempo. Eso apesta.

—Parece que te despertaste de buen humor —le comento con voz irónica, sin hacerme a un lado. No sé cuándo ella va a entender que no puede tratarme como si fuese un trapo para pisotear.

Carla me muestra una de sus sonrisas más falsas.

—Ya veo, Emma boba. Intentas llamar la atención del nuevo. —La malicia vuelve a brillar en sus pupilas como tantas veces lo ha hecho. Arrugo la nariz ante la mención de Owen. Lo que quiero es enfrentarlo, no atraerlo, pero Carla parece pensar cualquier otra cosa. De hecho, su rostro se compunge cuando descubre que la mirada de Owen está plantada en mí. ¡¿Y él que hace mirándome tanto?! ¡Acaso soy una especie de Gran Her- mano para él? No estoy haciendo nada divertido, pero noto que suelta una carcajada, como si le hubieran contado el mejor de los chistes. Carla parece no tolerarlo—. ¡Oye, tú, nuevo! ¡Aléjate de ella, que te contagia lo imbécil!

Owen deja de sonreír y, en lugar de ello, parece fulminar con los ojos a Carla. En el fondo no puedo culparlo, yo quiero cerrar- le la puerta del aula en la cara.

—Vete a la mierda —mascullo en su lugar, camino hacia mi asiento y dejo la mochila con, quizás, demasiada fuerza. Pienso en lo poco que me queda por finalizar el colegio y trato de tran- quilizar mi enojo. Después de todo, he vivido tiempos peores que este; es uno más de esos malos recuerdos que en el futuro van a caer en el olvido.

Gala y Belén me preguntan qué me dijo Carla antes y hacen un par de comentarios acerca de lo tonta que es y que no tengo que hacerle caso, pero de pronto hacen silencio al mismo mo- mento en el que siento una mano sobre mi hombro derecho, justo viene del lado de mi compañero nuevo. Sus ojos azules se ven impacientes cuando chocan con los míos.

De pronto me doy cuenta de que tengo la boca abierta, así que la cierro de golpe. Las dos chicas de atrás parecen entablar una nueva conversación, pero sé que se encuentran muy atentas a lo que pasa. Owen aparentemente toma cuenta de ello, así que se inclina hacia mí para ganar un poco más de privacidad.

—¿No le dirás nada más para defenderte? —pregunta con incredulidad.

—¿Qué puedo decirle? —le retruco observándolo con furia.

Lo último que falta es que se meta en mi vida privada.

—¡Oye! No te he hecho nada para que me mires así —advierte, levantando sus manos en el aire con aspecto de inocente mientras que su sonrisa se amplía con superioridad—. Opino que no puedes dejar que te pasen por encima. No les demuestres que eres débil a los lobos si no quieres que te coman.

—Ella no me pasa por encima —aclaro, algo molesta. No sé quién es para aconsejarme sobre cómo comportarme con los demás, aunque bueno, sí tiene un punto a pesar de que también tengo el mío—. Verás, llega un momento en el que, después de tanto, te acostumbras a sus actos de crueldad y ya comienzan a darte lo mismo. Yo sé lo que valgo y que ellos no tienen razón.

—Pero no está bien naturalizar las cosas. Lo sabes, ¿no?

—comenta y su mirada deja la mía; así corta nuestra breve charla.

Sí, lo sé.

Pero cuando ya has intentado todo, desde ir a hablar con la directora hasta contestarle de frente y pedirle que pare, ¿qué más se puede hacer? ¿Cambiar me de colegio? ¿Ser como ella y atacarla como ella lo hace?

La primera opción ya la he vivido y, aunque en el anterior colegio era peor, no ha servido de mucho. Además, ¿por qué debo ser yo la que deba cambiarse y no la persona que tiene problemas de conducta?

Con la segunda opción me fallaría a mí misma: no podría ser así, no podría rebajarme al nivel de Carla.

En general, las personas suelen evitar los temas de conversación complicados. Es normal que busquen las soluciones más fáciles e imprecisas posibles, como todas las veces que me

pidieron «hacer oídos sordos» hacia los comentarios de las personas que intentaban herirme. Eso básicamente se convierte en negar la realidad con la que convivo día a día, en fingir que lo que me dicen en verdad no lastima. ¿Cómo, si ella grita toda esa alcantarilla dirigida a mí, no podría escucharla? Los oídos no pueden cerrarse cuando ellos quieren y el corazón tampoco puede ser de piedra. Al menos, no el mío.

Tal vez la única solución es el criterio y la personalidad. Es importante saber quién eres para que los comentarios no tengan el efecto esperado en ti, a pesar de que siempre algo puedan llegar a golpear. Es triste, pero también es una realidad y debo aprender a convivir con ella. La crueldad está y el mundo no es tal y como lo queremos. A veces solo queda enfrentar los problemas de la forma que el paraguas encara la lluvia: si bien no puede evitarla, sí se escuda de ella para que no modifique su interior.

Escucho a Owen decir algo en voz baja, parecido a una maldición, aunque no me observa a mí ahora, parece pensar en voz alta. Aparto la vista y aprieto mis labios, pensando en por qué rayos me habló. ¿Acaso le parecí débil? Tal vez sí, tal vez doy esa imagen.

—¡Él se interesó en ti! —chilla Gala cuando vuelvo a girarme sobre mí misma.

—¡Shh! —la callo, con el calor que sube por mis mejillas. ¡El chico está solo a un metro y monedas de nosotras! Me inclino hacia ellas para susurrar una negativa: —No es cierto, no tendría motivos.

—¿Qué dijo Carla? No escuché nada; veía un video que me quería mostrar Gala —admite Belén—. Lo siento, Emma.

Hago un gesto con mi mano para demostrar que le resto importancia al asunto. No es nada nuevo, nada que no haya pasado antes, así que tampoco hace falta volver a revivir el asunto.

—No les hagas caso a sus malos comentarios —agrega Gala, finalizando el tema y volviendo hacia el celular junto con Belén.

Celina llega de prisa, antes de que Amelia, la profesora de Literatura, una mujer joven y de cabello oscuro y rizado, entre por la puerta del salón. Ella pide silencio luego de acomodar sus cosas sobre el escritorio y nos propone crear un escrito (un cuento o una poesía) con tema libre; nos solicita usar nuestra imaginación. Escucho varias quejas y un par de «no sé cómo hacerlo, profe», pero por mi parte me quedo encantada con la tarea. «¡Creo que amaré los jueves de este año!», me digo.

Celina busca sus auriculares y se pierde en la música mientras garabatea palabras en su carpeta. Belén y Gala, por su parte, comienzan a discutir sobre qué escribirán y comentan que no saben por dónde comenzar ni qué crear.

Tomo una hoja borrador que tiene cálculos de matemática, una mancha de tinta y un par de garabatos, y comienzo a escribir una poesía sin saber hacia dónde me voy a dirigir; solo me dejo llevar por la inspiración del momento.

*Ensoñación atesorada.
¡Oh, alma amada!
Mi vida, mi espíritu y mi ser
han sido alcanzados
por tus ojos de fuego.
Aunque el cielo se
derrumbe, en tu mirada
permanecerá.*

Contemplo mi poesía por unos instantes, busco algo para corregir o agregar, aunque termina gustándome tal y como está; luego la paso en limpio y agrego mi nombre en el margen de la hoja que voy a entregarle a la profesora.

«Listo», digo para mí misma y sonrío cuando vuelvo a leer la poesía.

—Lindo poema —comenta una voz aterciopelada muy cerca de mi oído. Un olor a colonia masculina llega a mí y atenta sin piedad contra mi cordura—. ¿Está dedicado para alguien?

Noto que Owen Liv, mi misterioso compañero de clase, se encuentra inclinado, a tal punto de que es probable que haya leído el poema más de una vez. Enseguida tapo lo escrito con mis brazos, poniéndome a la defensiva a pesar de que no dijo nada malo. No esperaba que alguien que no fuera la profesora lo leyera y por algún motivo me incomoda que sea él la persona que lo hiciera.

«Quizás porque en el poema se mencionan unos ojos muy parecidos a los de él», dice una vocecita burlona dentro de mí, lo que vuelve mis mejillas coloradas por la vergüenza. No había caído en ese detalle. *Ups*.

—Gracias —musito sin levantar la vista para no toparme con sus vertiginosos ojos azules—. No es para nadie —finalizo, determinada en aclarar aquello.

Que parezca que es para él es algo completamente distinto.

Owen se posiciona frente a mí con la confianza de un felino.

—¿Me lo dedicas entonces? Me siento identificado. —Sus labios se amplían.

Cuesta descubrir si habla en broma o si va en serio, aunque cuando suelta una carcajada, voy más por lo primero. Pronto me doy cuenta de que me gusta el sonido de su risa, cómo la deja escapar tan libre de él mismo, sin que le importe si los demás voltean a mirarlo. De alguna forma, es agradable escucharlo, incluso contagioso.

Niego con la cabeza cuando me doy cuenta de que estoy por sonreírle como una boba. Entonces me cruzo de brazos y me relajo contra el respaldo de mi asiento.

—No.

—*Auch*. Eso duele aquí —declara frotándose el corazón. Owen se inclina un poco más hacia mí y vuelve a tomar mi hoja con la poesía antes de que pueda impedírselo—. ¿Dónde aprendiste a escribir así? Está buenísimo.

—No lo sé... solo escribo. Me gusta leer, tal vez eso influya bastante —le explico. Por un momento pienso que Owen va a perder pronto el interés en la conversación, dudo de que le interese, pero sonrío.

—Vaya, así que eres una lectora. —Su dedo índice golpea una comisura de su boca y no puedo evitar que mis ojos caigan en sus labios rellenos por un breve y glorioso instante—. Dicen que las personas que escriben lo hacen porque quieren escapar de su realidad. ¿Cuál es tu realidad, Emma Cusnier? ¿De qué escapas?

—Me sorprendo al escuchar mi nombre de sus labios. ¿Desde cuándo lo sabe?

«No es para tanto, Emma», me digo a mí misma. Quizás lo escuchó cuando leían la lista. No hay demasiada ciencia en eso.

—No entiendo qué me preguntas —le informo, alzando una de mis cejas.

¿Siempre hará preguntas tan
extrañas? Owen apoya su codo
sobre mi mesa.

—¿De qué escapas? Todos solemos huir de algo.

—¡Ay, no me sale el estúpido...! —comienza a decir Celina mientras se quita los auriculares, pero al notar la presencia de Owen calla y casi queda con la boca abierta. Luego le da una sonrisa coqueta y, con la dulzura que antes no ha utilizado, le habla batiendo las pestañas largas y espesas: —
Hola, soy Celina.

—Hola, soy Owen.

Owen sonrío de forma seductora y a mí me da un pinchazo de celos, porque, de pronto, la atención que recibía para mí sola ahora

es compartida. Pero ¿qué puedo decir? Él solo intentaba ser socialmente conmigo, nada más. En general, todos los chicos adoran a Celina, todos los chicos la siguen. De hecho, ella dice que no es cierto, pero Belén, Gala y yo sabemos que no es así: cuando caminamos por los pasillos del colegio, es a ella a la que siempre saludan.

Quiero golpearme ante la sensación de celos. «No son buenos.

No es bueno sentir eso», me repito.

Él arquea una ceja, observando primero a Celina y luego a mí.

—Bueno, debo terminar ese escrito. Con su permiso — anuncia Owen y camina hacia su banco.

Celina suelta un suspiro y habla bajo para que la pueda escuchar.

—¡Ay, Dios mío! Es hermoso, ¿verdad? —Como no contesto lo que dice, me codea con diversión—. ¡Además te comía con la mirada! Lo siento, los interrumpí. Yo... lo vi y quedé boba. Perdón.

—Celi, se fijó en ti.

—Pero, ¡¿qué dices, chica?! ¡Si las miradas hablasen...!

—¿Por qué haría eso?

—No sé, no tengo todas las respuestas. Pero incluso ahora te observa... —Intento darme vuelta para mirarlo, pero Celina me retiene, regañándose por lo bajo—. ¡No lo mires! ¡Joder, Emma! Estás en graves líos. ¡Se está riendo! ¡Y encima te ruborizas! ¡Te atraparon, amiga! Bueno, ahora disimulemos y ayúdame un poco con este trabajo, ¿quieres? —Asiento y comienzo a revisar qué tiene hasta ahora de su cuento.

Al cabo de unos minutos, la profesora nos retira los escritos (otra vez se escuchan quejas) y nos entrega, a cambio, una fotocopia con un poema de Edgar Allan Poe. Me extraña aquello. Sabía sobre sus tan maravillosos (y terroríficos) cuentos, pero no tenía idea de que hubiese escrito poesías, aunque, a decir verdad, debí suponerlo: su escritura es maravillosa.

—¿Quién quiere leerlo? —pregunta la profesora cuando termina de repartir los poemas.

—¡Yo no! —grita un compañero; esto hace que varios le sigan la broma y el curso estalle en voces.

—¡Emma quiere! —exclama Carla—. A ella siempre le gusta leer, porque no tiene vida social. Que lea ella.

—¡Cállate, Carla! —me defiende Celina.

—Al menos no soy la chica que busca algo que criticar en los demás todo el tiempo para sentirse bien con ella misma

—contesto, aunque otra vez muy bajo para que me escuche. Sin embargo, lo hace.

—¿Qué dijiste? Ah, ¡qué importa! No lo niegues, ¡si eres una tragalibros! —Carla sonrío triunfante y casi todo el curso estalla en risas.

—Con gusto. —«Como si ese fuera un insulto para mí».

—¡Ocúpate de tu vida! —se une Gala.

—¡Silencio, chicos! —pide la profesora. Todos enmudecen, menos alguien. Puedo escuchar esa risa que nunca antes había oído hasta hoy, ese sonido que de alguna forma cala hondo dentro de mí viene desde mi derecha. «Es el chico nuevo». Lo fulmino con la mirada y deja de reír. «¿Acaso tiene problemas de personalidades múltiples?». La profesora dirige su atención a él:

—¿Owen, cierto? Ya que encuentras graciosa la charla, ¿puedes leer, por favor?

Owen se aclara la garganta.

—Claro. —Su voz al contestar suena suave y elegante, como un canto angelical, como si no se hubiese reído de la burla.

*¿Deseas que te
amen? No pierdas,
pues,*

*el rumbo de tu corazón.
Solo aquello que eres has de
ser y aquello que no eres, no.
Así, en el mundo, tu modo sutil,
tu gracia, tu bellissimo ser
serán objeto de elogio sin fin
y el amor... un sencillito deber.*

El silencio se prolonga en el salón, como si todos hubiéramos entrado en un bucle mágico de fantasía temporal. Oigo a chicas suspirar y... creo que también a la profesora Amelia. Las palabras en la boca de Owen son gotas dulces y frescas de rocío. Lo observo cuando termina de hablar y parece pronunciar un mudo «para ti» con sus labios, que pronto intento desestimar: no es lo que creo que vi, aunque, de todas formas, mi rostro logra ruborizarse con facilidad y lo odio por eso.

«¿Qué rayos? ¿Desde cuándo hay gotas de rocío en una voz?
¿Desde cuándo me ruborizo por un chico con tanta rapidez?».

Veo hacia el pizarrón con nerviosismo y trago saliva. No sé si me gusta demasiado lo que Owen logra hacer en mí, lo ansiosa que me pone y todo lo que me hace sentir. Él, definitivamente, parece ser uno de esos chicos bonitos y problemáticos, uno de esos rompecorazones.

No quiero preocuparme por tener el corazón roto ni necesito que mis sentimientos se involucren con alguien. No creo que el rubor, las miradas y todo eso sean buenas señales, así que trato de alzar un muro para separar mi corazón de mis hormonas revolucionadas y me digo que es mejor así.

Tomo mi carpeta de debajo del banco para sacar una hoja nueva y, de ella, cae una nota. La levanto enseguida antes de que alguien también se dé cuenta de su existencia.

¿Será de Celina? ¿O una broma de Carla? Es probable que sea la segunda opción, aunque no puedo saber cuándo la puso ahí en realidad. Observo a mi alrededor para buscar señales de alguien que se encuentre esperando que abra la nota o algo así, pero nadie parece prestar atención, lo que logra que la curiosidad me encierre en su burbuja.

Al fin, decido abrirla.

«¿Eres real? Pareces un sueño que quisiera tener cada noche eternamente.» Mejor dicho: parezco dormida.

Dejo la nota en mi carpeta y la guardo en la mochila. No conozco la letra, pero debe ser una broma, ya que no soy de recibir ese tipo de notas.

La hora de Sociología es dinámica y el profesor es bromista... y raro. No hay quejas, definitivamente los jueves me encantarán.

Al sonar la campana, Owen se levanta primero de su banco y antes de salir, me guiña un ojo. Tropiezo al intentar pararme y escucho la risa de Carla por sobre la de los demás. Hago caso omiso a ellos y salgo del aula junto a mis amigas sin decir una palabra.



Las chicas y yo caminamos hasta la peatonal, la calle central libre de autos, donde se encuentran todos los comercios. Nos detenemos en un lugar de comida rápida y almorzamos ahí. «Mal-dita cadena que te hace desear comer más y más», pienso para mis adentros mientras saboreo mi balde de papas fritas. No soy una de esas personas que se preocupan mucho por su figura (de hecho, amo comer). Por suerte puedo decir que «como y no engordo», aunque tampoco soy tan flaca; mi figura es relativamente normal.

—¿Qué opinan del chico nuevo... ese Owen hermoso? —
pre- gunta Celina.

—¡Ese chico está como un camión! No hablé con él, pero
¡está re bueno! Le mordería sus labios y... bueno, lo que sea.

Todas nos reímos. Gala y su personalidad son un gran
espec- táculo.

—Emma, creo que te miraba mucho —Belén toma un
refres- co y sonrío al decir eso—. Lo he notado: hablaron en
clase y no dejaba de verte.

—¡Ahí lo tienes! —exclama Celina sin pudor a ser escucha-
da—. ¡Yo le dije eso mismo hoy!

—No. Lo miraba, así que se sentía observado y...

—No seas ciega, Cusnier —grita Gala.

Celina toma unas papas y las moja en ketchup.

—Él me suena a algo prohibido, es muy sexy. No sé... su
for- ma de ser, parece algo arrogante...

—A mí me suena a líos —espeto.

—A mí me parece que te agrada, Emms. —La voz de Celina
es baja—. Vamos, te conozco desde hace diez años y sé
cuándo miras a un chico de esa manera.

—No es verdad. —Me muerdo el labio.

—Estás mintiendo. Siempre que mientes te muerdes el
labio.

—Belén habla entre risas tímidas y, al notar que no me siento
cómoda con la conversación, decide cambiar de tema: —¡Qué
pesada estaba Carla hoy!

—No se puede esperar nada de esa arpía.

Gala toma un hielo del refresco y me lo
arroja.

—Vamos, es obvio que se puso mal porque la atención del
chico nuevo, nombrado como «Owen extremadamente
sexy», se fijaba en Emma. ¡No me lo robes! ¡Eh! ¡De alguna
forma él será mío!

Uf, otra vez con el tema.

—Dejémoslo ya, chicas. No quiero ilusionarme ni nada parecido. Vayamos a ver alguna tienda, ¿qué tal?

—¡Hay que organizar para ir a bailar a Verano! Que sea en dos semanas. ¿Sí? ¿Sí? Así compramos ropa —suplica Gala, como una niña pequeña que hace un capricho—. ¡Quiero ir al menos una vez a bailar con ustedes! ¡Tal vez conozca a algún chico y deje a Owen libre para Emma!

Las chicas ríen y yo no puedo más con el rojo en el rostro. ¿Ahora todo lo de Owen lo asociarán conmigo?

Nunca fui a bailar e ir me da vértigo. Será una nueva experiencia, supongo. Sí, lo sé, es extraño: tengo 16 y un noventa por ciento de la población de mi edad sí salió, al menos, una vez, aunque en realidad esa estadística no es gran cosa: simplemente ir a una discoteca no es algo que me interese.

Pero una vez tengo que intentarlo, supongo.

—Dentro de poco tendré la última muestra de canto, para la que me preparé el año pasado. En unos cuantos días tengo que ensayar y me da miedo de que algo salga mal —suelto—. Una cosa es cantar en un coro, con las demás voces que te hagan de apoyo... sola es diferente —admito.

Por cinco años participé en el coro municipal de mi distrito, era un grupo hermoso, pero llegó un momento en el que todo cambió, el grupo se dividió, empezaron los celos entre las parejas y la competencia entre participantes; nada volvió a ser lo mismo. El año pasado decidí tomar clases particulares, y esta sería la primera vez que canto en público, la primera vez que no habrá nadie más conmigo en el escenario. Ni hablar del ensayo, donde las probabilidades de que salga mal aumentan.

—No deberías estar nerviosa, es un ensayo. —La sonrisa de Celina se ensancha—. ¡Quiero ir a la muestra, eh!

—Y yo, ¡sobre todo si hay comida gratis! —exclama Gala—. Dime que la hay, por favor...

—Irán todas, lo prometo. —Les sonrío—. Quiero hacerlo bien en frente de todos. La muestra me tiene sin ganas...

—¡Lo harás bien! —dice Belén.

—No respondiste mi pregunta —reclama Gala; sus rulos rebotan por el movimiento efusivo de su cuerpo—. ¿Habrá comida gratis?

—¡Claro! —Me río—. Tendrán las mejores butacas y les traerán comida gratis.

—¿En serio?! —gritan las tres, haciendo que uno de los comensales cercanos a nosotras frunza el entrecejo y nos diga *shh*.

Levanto una comisura de mi boca: —Ya quisieran.

—¡No debes ilusionar a las personas, Emma! —me regaña Celina—. Con la comida no se juega...



Paso un rato muy bueno con mis amigas. Con ellas puedo ser casi yo misma y me siento aceptada, al igual que con mi familia. Compramos objetos (como pulseras de la amistad) en un comercio, caminamos sin descansar mientras hacemos retos y organizamos una salida próxima, inclusive paramos en una heladería para comprarnos un kilo de helado entre todas y luchar por obtener las mejores cucharadas.

Durante el rato que paso con ellas olvido lo diferente que me tratan los demás y los dolores no me pesan, pero el acontecimiento de mi compañero nuevo me persigue.

Owen tiene un encanto, una atracción, y no puedo evitar pensar que estoy dejando pasar algo por alto. No puedo negar que el chico es magnético, que en los pocos días que estuve

sentada junto a él supo exactamente cómo captar mi atención, pero es eso lo que más me asusta. ¿Y si es peligroso para mi co- razón? ¿Cómo es que puede lograr eso en mí con los pocos inter- cambios que ambos tuvimos? Es una locura.

Ya son casi las cinco de la tarde. Acompaño a cada una a la parada de sus buses y luego me encamino hacia la mía, que para mi disgusto se encuentra solitaria, aunque, de alguna forma, me siento observada.

No, no me siento... definitivamente, hay alguien que me mira.

No es una sensación cómoda ni que desee demasiado, así que busco mis auriculares; espero que el bus llegue a tiempo antes de empezar a estar todavía más paranoica. Tardo en encontrarlos, porque mi mochila parece un verdadero caos. Me lamento de manera interna por ello.

Entonces, cuando al final los puedo alcanzar, una voz logra que vuelva a perderlos dentro de mi bolso. Me asusto y los suelto, solo para darme vuelta veloz para enfrentar al chico de ojos de zafiro y sonrisa con hoyuelo burlón.

—No es seguro que te quedes esperando sola en esta parada, Emma —comenta, como si dijera algo tan mundano como hablar sobre el clima, no como si hubiera aparecido de la nada delante de mí.

Entrecierro los ojos hacia él y hago lo posible para no demostrarle que he comenzado a temblar del susto que me provocó. Owen parece contener la risa, lo cual me da más rabia.

El chico camina más cerca de mí y no puedo evitar fijarme en su cabello revuelto y en su camiseta azul que resalta sus ojos de zafiro. Su piel parece haber sido besada por el sol en el verano y sus jeans quedan perfectamente en sus...

—Mis ojos están aquí —aclara, señalando su cara con un gesto bromista de aparente superioridad.

¿Qué clase de frase es esa?

«Emma, concéntrate. Ya», me digo en forma mental.

—¿Me sigues? —Ladeo la cabeza y los ojos al hacer la pregunta. ¿Qué hace acá después de tantas horas de terminar el colegio?

¿Será que fue pura casualidad el que nos encontremos?

—Sí —contesta con mucha sinceridad. Sin darme cuenta, retrocedo dos pasos.

«¿Qué mierda?»

—¿Por qué me seguías a mí?

—Porque eres diferente —responde sin más.

—¿«Diferente»? No comprendo. ¿Qué quieres decir con eso? Tuerce un poco los labios.

—Quiero decir que me intrigas, que no te logro entender del todo, pero quiero hacerlo.

—Eh... Lo siento, Owen, pero no soy «diferente» o como sea. Digo, no quiero desilusionarte, pero puedes encontrar muchas chicas como yo —aclaro, todavía sobresaltada; mi corazón late demasiado fuerte, tanto que temo que lo pueda escuchar, incluso mis palabras salen atropelladas, sin ser pensadas antes—. ¿Por qué...?

—Lo eres —me interrumpo, observándome con atención—. Se nota que sientes que no encajas con los demás. Suele pasarte, ¿no?

—Tú... ¿te sientes así?

—En general, sí. Me he sentido así por bastante tiempo. ¿No encajar? Obvio que lo sé. No todos los seres somos iguales, ¿o sí? —Da un paso más cerca de mí y yo retrocedo—. No te voy a lastimar. —Su sonrisa se torna más profunda.

Uh. Problemas.

—No te conozco; es el cuarto día que te veo. ¿Crees que voy a confiar en ti solo porque eres mi compañero? Podrías ser un psicópata asesino. —Hago mi más grande esfuerzo para que mi voz suene lo bastante fuerte.

—Juro que soy todo menos eso. —Hace un puchero que en los demás chicos se vería muy mal, pero en él es increíblemente sexy y provocador.

«Maldeciré a mis hormonas por eso».

—¿Desconfías de mí, Emma? —pregunta Owen.

—De todo el mundo.

—No te haría daño, lo sabes, ¿no?

—En realidad, no lo sé. Lo repito: no te conozco.

—Bueno, entonces me ganaré tu confianza. Te aseguro que será interesante conocerme y seré alguien extremadamente irresistible para ti. Voto de confianza. Incluso tal vez te enamores de mí. —Ahí es cuando pierde sus puntos, si es que alguna vez los tuvo.

—Por lo que veo... bastante arrogante.

—¡Sabía que lo pensabas! No negaste lo que dije antes.

—Guiña otra vez el ojo—. Causo ese efecto.

—Solo no te presté atención. No me afectas en absoluto.

—Me muerdo el labio.

—Mientes, te muerdes el labio. —Un hoyuelo le aparece en su sonrisa torcida. «¿Cómo sabe lo del labio?»—. Apuesto a que pensarás en mí y que, de hecho, soñarás conmigo.

—¿Una pesadilla? No, gracias —miento otra vez.

—Una pesadilla sería si no me soñarás. —Mira lejos de mí. Quiero protestar por su comentario, decirle que no me siga más, pero antes de que salgan las palabras me gana de mano—.

Ya viene el bus. Te veo mañana. —Sonríe con su hoyuelo que se asoma y se despide con la mano.

En efecto, el transporte está a unos metros de mí. Lo freno y subo al bus con aire acondicionado. Cuando quiero voltear a ver a Owen, ya no está.